

## CUATRO ALOCUCIONES

por JAMES THEBERGE \*

### I. EN LA PRESENTACION DEL LIBRO “REFLEXIONES DE UN DIPLOMATICO: ESTADOS UNIDOS Y AMERICA LATINA”\*\*

Es para mí un agrado muy especial que mi libro “Reflexiones de un diplomático: Estados Unidos y América Latina” haya sido publicado por la Editorial Andrés Bello, cuya tradición de excelencia es ampliamente reconocida en Chile y cuyas obras literarias son conocidas a través de todo el mundo de habla hispana.

A la cabeza, como guía y director de esta gran empresa editora del hemisferio occidental, se encuentra el distinguido estadista, hombre de letras y jurisperito chileno don William Thayer Arteaga, de quien he tenido la inestimable buena fortuna de convertirme no sólo en colega sino también en amigo —una amistad que no puede menos que perdurar en los años venideros—. También me siento profundamente honrado y halagado por el hecho de que don Carlos Martínez Sotomayor, ex canciller de Chile, presente mi obra al público durante la grata ceremonia de esta tarde, especialmente ante un grupo de eminentes amigos chilenos y colegas diplomáticos.

Me parece apropiado que a Martínez Sotomayor, prominente internacionalista y hombre de letras, se le haya solicitado llevar a cabo este acto, y yo aprecio su generosidad al aceptar la tarea.

Mucho de lo que he escrito y conferencias que he ofrecido durante las dos pasadas décadas, el resultado de lo cual aparece en este libro, se ha concentrado en la vida sociopolítica de la cuenca del Caribe, aunque Sudamérica también ha cautivado una considerable parte de mi atención profesional. A Martínez Sotomayor le son familiares las personalidades y problemas del Caribe y ha escrito algunos documentados análisis de los acontecimientos en la región. Considero el hecho de que él esté con nosotros esta tarde para aplicar su sagaz y cauteloso juicio a lo que yo he escrito como un tributo personal.

A pesar de que mi libro representa una variada colección de escritos durante un extenso período, y aunque estas charlas han sido dirigidas a una gran variedad de público, todo lo que aquí aparece está dirigido a comunicar un único e invariable propósito.

A través de los años mis escritos han estado plagados de un sentido del peligro para los hombres libres —puesto que tengo el convencimiento de que

\* JAMES D. THEBERGE: Ex Embajador de Estados Unidos en Chile entre marzo de 1982 y agosto de 1985. Se publican aquí cuatro textos no reunidos en el último libro del Embajador Theberge, y dados a conocer en Santiago luego de su aparición.

\*\* Presentación efectuada en la Editorial Andrés Bello el día 8 de mayo de 1985.

nosotros vivimos tiempos peligrosos—. Ellos contienen un llamado a los pueblos de las Américas para que estén alertas a las violaciones contra los derechos de los hombres libres. Ellos llaman la atención a los principales desafíos a nuestra gran civilización occidental a medida que nos acercamos al siglo XXI.

En este libro se encontrará mi concepto de la inmensa lucha en que está inmersa la humanidad. Abunda la evidencia de que la libertad y la tiranía se encuentran enfrascadas en una lucha mortal. La trama está claramente descrita en el escenario de cada país y en cada acto de la tragedia de dimensiones mundiales que se despliega ante nosotros. Por un lado están los pueblos que han tenido un despertar en el mundo y que sienten ansias de libertad y dignidad, de bienestar y seguridad. Saben, o sospechan, que sólo la autodeterminación puede garantizar la libertad y el imperio de la ley.

Opuesto a ello están los gobernantes autocráticos que temen al pueblo, que gobiernan a las masas con mano de hierro, tomando todas las decisiones por ellos, disponiendo de sus vidas, sus fortunas y los futuros de sus hijos a su antojo. Esta situación no puede perdurar. El mundo no puede permanecer dividido para siempre, la mitad en libertad y la otra mitad es esclavitud. Al final, uno u otro principio deberá triunfar.

Es, por lo tanto, deber de los hombres que aman la libertad dedicar sus energías en forma conjunta a ampliar la extensión de la libertad en el mundo. Si decimos que defendemos la libertad, entonces, debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos para preservarla y realzarla. La libertad perdurará si los hombres y las mujeres libres cumplen con su deber resueltamente y sin temor.

Pero las sociedades estables y libres no son establecidas ni mantenidas fácilmente. La libertad es algo de construcción lenta. Requiere de una cooperación paciente y al mismo tiempo casi universal y sólo prosperará mediante el compromiso y la tolerancia.

La libertad es alimentada por el hábito. La libertad se arraiga y profundiza con el carácter. No es ni la capacidad intelectual ni la legislación lo que le permite ganar terreno a la libertad, lo que le permite sobrellevar los desafíos, resurgir incluso cuando se le cree perdida. Es en el corazón donde la libertad debe echar raíces primero.

Amigos míos, a medida que mi misión diplomática en Chile llega a su fin, nadie, que no esté en mi lugar, puede apreciar el sentimiento de pesar que me embarga a medida que el día de mi partida se vislumbra en el horizonte. A este lugar, a este hermoso país, a la bondad y generosidad y amistad de su gente, debo yo tanto, pues aquí he aprendido mucho y he recibido más de lo que merezco. Aquí han crecido mis hijos, mis viejas amistades se han renovado, mi círculo de nuevas amistades se ha ampliado. Ahora me preparo a partir, sin saber cuándo regresaré.

Sin embargo, me alejo con un profundo sentimiento de esperanza por el futuro de Chile, por el futuro de este gran continente que compartimos, por el futuro de este mundo nuevo que habitamos y que aúna nuestros destinos. No tengo duda de que el pueblo chileno, con su enorme caudal de talento e inteligencia, de creatividad espiritual y seriedad de propósito moral, tiene la

capacidad de imponer su propio designio del futuro, de forjar su propio destino en libertad y justicia. Estoy convencido de que la voluntad del pueblo es lo que al fin prevalece, inexorablemente.

Mis amigos, he procurado ver las cosas tal como son, y de transmitir lo que he visto con honestidad en todos mis trabajos. Sólo tengo una última palabra que decir: Que Dios bendiga y proteja al pueblo chileno.

## II. EN LA INAUGURACION DEL BUSTO DE LINCOLN\*

Nos hemos reunido para honrar el recuerdo y la vida de Abraham Lincoln, el decimosexto Presidente de los Estados Unidos de América. Lincoln ocupa un sitio especial no solamente entre los héroes norteamericanos sino que también representa una figura que atrae a los hombres de otros países. Esta atracción puede explicarse, en parte, por su vida extraordinaria.

Nació el 12 de febrero de 1809 en una cabaña de troncos en el estado de Kentucky. De padres muy modestos, su juventud fue marcada por la pobreza y la lucha constante. A pesar de ello, se elevó de sus más humildes orígenes, un genio autodidacta casi sin ninguna educación formal, hasta la cima del poder y de la fama nacional. En esto consiste la belleza de su vida singular: su apariencia era la de un hombre común; sin embargo Abraham Lincoln fue el menos común de los hombres. Tal como lo dijo una vez él mismo: "La gente común es la mejor del mundo; esa es la razón por la cual Dios hizo tanta".

Que Lincoln fue uno de los grandes hombres, un genio, no cabe duda. Apareció repentinamente en el gran escenario de la historia americana como actor principal y magistral en el enorme drama de la Guerra Civil. La Guerra Civil fue terriblemente cruel y sangrienta. Fue una guerra entre estados. Una guerra en la cual hermanos lucharon contra hermanos. Una guerra en la cual murieron o fueron heridos más de un millón de hombres. Y sin embargo, Lincoln salvó a la República. Emancipó a los esclavos. Mantuvo el Gobierno Representativo.

Durante todo el período de la Guerra Civil Lincoln fue un gigante en la firmeza de su propósito y de sus principios. Sobresalió por su moderación, piedad y justicia. Nunca estuvo dominado por los apasionados rencores de sus tiempos y siempre fue tolerante con las opiniones de los que fueron sus más enconados enemigos. Jamás dijo: "Aquel que no es mi amigo es mi enemigo". Incluso durante los momentos más difíciles de la Guerra Civil comentó: "Mis descontentos compatriotas... no somos enemigos... no debemos ser enemigos".

Magnánimo en la victoria, Lincoln rechazó toda venganza y represalia contra aquellos que sufrieron la derrota. Trataba instintivamente de encontrar la unidad y la armonía, y no de dividir y conquistar. Tal como señaló en su segundo discurso inaugural: "Sin mala voluntad hacia nadie, con caridad hacia todos, con firmeza en lo que Dios nos permite considerar como

\* En el Parque Forestal de Santiago, 20 de junio de 1985.

justo, hagamos esfuerzos por terminar la tarea en que nos encontramos empeñados, restañemos las heridas de la nación... para hacer todo aquello que nos permita lograr y apreciar una paz justa y duradera entre nosotros y con todas las naciones”.

Abraham Lincoln aseguró la vida y continuidad de su pueblo. Y sin embargo, su destino fue morir cruelmente asesinado en la plenitud de su vida. Un Viernes Santo, el 14 de abril de 1865, sucumbió a los 56 años de edad, un mártir cuya muerte ha grabado para siempre su memoria en el corazón de sus compatriotas. La noticia de la muerte de Lincoln fue recibida en todo el mundo con dolor, consternación y tristeza.

Uno de los tributos más hermosos fue enviado por los obreros de Santiago al Ministro de los Estados Unidos en Chile:

“El profundo dolor de las clases obreras de Santiago, causado por la triste noticia del crimen perpetrado en contra de la persona de Lincoln el honesto, por la mano de un asesino, ha impulsado al Consejo espontáneamente anoche con el propósito de manifestar a Su Excelencia el profundo pesar que sienten por tan trágico suceso... La pérdida de uno de los más connotados defensores de los derechos del hombre...

“Desde hoy en adelante las futuras generaciones no podrán leer, sin un abundante tributo de lágrimas, la página de duelo a través de la cual ha pasado la más grande y poderosa nación gobernada por principios democráticos...

“La memoria de Abraham Lincoln continuará viva en el corazón de la humanidad mientras el Río Potomac fluya y los Andes perduren”. (José Santos Valenzuela, Vicepresidente del Consejo de la Sociedad de Artesanos, Santiago de Chile, 30 de mayo de 1865).

Su legado de escritor, orador, abogado y hombre de Estado brillante ha perdurado. Testimonio de esto es la nación de hombres libres que ayudó a preservar, además de sus declaraciones, cartas y discursos que dejó para todos los pueblos y todos los tiempos. Los pensamientos de Lincoln son citados en la actualidad por los norteamericanos, tanto como los de Shakespeare y la Biblia, debido a su profundidad, humanidad y belleza del lenguaje. Por lo tanto es muy apropiado que recordemos en esta oportunidad algunos de los conceptos a los cuales Abraham Lincoln les asignó valor y que formaron parte de la trama de su vida.

Sabemos que Lincoln sentía una profunda repugnancia por la institución de la esclavitud y se oponía, debido a sus elevados principios, a que se extendiera hacia los territorios libres y hacia los nuevos estados. Creía que todos los hombres debían ser libres, que debían tener el derecho de elegir y de cambiar a los hombres elegidos para representarlos en las tareas de gobierno. En cuanto a las personas que sostenían ver ciertas virtudes en la opresión decía lo siguiente: “Cada vez que escucho a alguien alegar en favor de la tiranía siento un fuerte impulso de hacer que la sienta en carne propia”. Y Lincoln siempre será recordado por haber dicho: “Así como no sería esclavo, no sería amo. Esto refleja mi idea de la democracia...”

Lincoln sabía que si uno priva a un hombre de su libertad, del derecho a expresarse, a criticar los agravios inevitables de su gobierno, entonces sin

duda alguna uno lo ha privado de su carta de ciudadanía. Lo ha esclavizado tal como si le hubiera puesto cadenas y lo hubiera lanzado a una mazmorra. La tiranía jamás tiene una razón moral, ya sea que se justifique mediante constituciones, mayorías electorales o complejos argumentos legales que se esfuerzan por tratar de hacer parecer justo lo que es injusto. La carta de la libertad se aplica a todos los hombres que aman la libertad. La tiranía es un serio agravio moral, un mal político y social que finalmente se hace intolerable para los hombres libres. Lincoln nos enseñó, y no cabe duda que tenía la razón eternamente valadera, cuando dijo: “Aquellos que le niegan la libertad a otros no la merecen para sí y, bajo un Dios justo, no pueden conservarla durante mucho tiempo”.

Las opiniones de Lincoln son claras en relación a otros temas. Los gobernantes derivan toda su autoridad del pueblo. Los pueblos, en los gobiernos democráticos, prudentemente se han abstenido de brindarle poder a los servidores públicos para hacer el mal. Mientras más se concentra el poder en el gobierno, y en un solo hombre, mayor es el peligro de caer en la maldad, la insensatez y la tragedia. La democracia es sabia, porque contempla el retorno del poder al pueblo después de intervalos periódicamente breves. Tal como lo ha demostrado la historia, incluso un gobierno elegido puede convertirse en opresivo cuando la mayoría del pueblo lo quiere cambiar y no lo puede hacer. Lo que comenzó como una expresión de la voluntad popular puede terminar como el gobierno opresivo de una minoría.

Amigos míos, estamos frente a este solemne monumento a Abraham Lincoln. Es un momento en que los hombres libres del mundo meditan en la tarea inconclusa a la cual consagró su vida — la preservación y defensa de los derechos del hombre—. Habiendo elegido el camino de la libertad, renovemos nuestra fe en Dios y avancemos sin temor.

Volvamos a dedicarnos a la gran tarea de extender y promover la causa de la libertad en todo el mundo y, al hacerlo, guiémonos por las palabras de Lincoln grabadas en este monumento que hoy entregamos a la ciudad de Santiago: “Que se produzca un renacer de la libertad, y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparezca de la Tierra”.

### III. LA DEFENSA DE LA DEMOCRACIA NORTEAMERICANA\*

En esta ocasión nos hemos reunido para conmemorar la fundación de los Estados Unidos de Norteamérica hace más de 200 años, al igual que las tradiciones, ideales y leyes que han capacitado a una república libre y democrática para sobrevivir a los escollos y peligros de la historia humana. Es la hora en que nosotros, los norteamericanos, celebramos las abundantes bendiciones y la misericordia que Dios Todopoderoso nos ha deparado en cuanto a nación. Esta ha sido la costumbre que seguimos observando en medio de un mundo convulsionado por la guerra y la violencia, en medio del conflicto y del peligro extremo, pues, aun en la oscuridad que ha caído sobre

\* En el Rotary Club de Santiago, 11 de julio de 1985.

nosotros en este siglo, no hemos perdido de vista las grandes bendiciones que se nos otorgaron: entre ellas destacan antes que nada los muchos derechos y libertades de que gozamos como norteamericanos y como hombres libres.

La independencia norteamericana marcó el nacimiento de los Estados Unidos, una república grande y libre, construida sobre las tradiciones de la libertad individual, el imperio de la ley y el gobierno elegido por el pueblo. Marcó el despertar de un nuevo espíritu en la vida de las naciones del mundo. Desde el nacimiento mismo de la república norteamericana hemos podido ver este espíritu crecer y expandirse por todo el orbe civilizado. Hemos escuchado la demanda y hemos sido testigos de cómo la lucha por lograr la democracia se generalizó y triunfó entre muchos pueblos. Hemos llegado a considerar el derecho a la libertad política y al imperio de la ley como el derecho común de toda la humanidad, y también como el único modo de garantizar la justicia.

En los albores del siglo veinte, las naciones libres vivían en el marco de la seguridad ofrecida por sus propias fronteras y se regocijaban con el portentoso aumento de la libertad y de la democracia occidental en todo el mundo. Los Estados Unidos libraron dos guerras mundiales para asegurar la supervivencia de estos grandes principios.

Todo eso ha cambiado. Vivimos ahora en una época en que grandes masas de hombres civilizados se han sometido sin mayor protesta a la destrucción de sus libertades a través de la guerra y de la conquista, a través de la conspiración y el engaño.

En el hemisferio occidental, los revolucionarios profesionales y sus aliados están consagrados a la destrucción de la democracia occidental y de la libertad. Los revolucionarios marxistas han dedicado sus vidas a explotar el flexible concepto de democracia y han confundido a las elites intelectuales.

Es efectivo que en el hemisferio occidental se han restaurado muchas libertades y derechos en años recientes, en la medida que los regímenes autoritarios han cedido ante la exigencia de un gobierno surgido del consenso de los gobernados. Por el momento sólo podemos hacer conjeturas en cuanto a si esto representa una tendencia transitoria o si se trata de algo más permanente. Pero no cabe ceder lugar a la complacencia. Sabemos que en todos los países existen fuerzas políticas profundamente hostiles a Occidente y que intentan destruir a la democracia en nombre de la propia democracia. Estamos conscientes de que la crisis económica y el descontento social amenazan la estabilidad interna en un país tras otro. Estamos igualmente conscientes de que desde la Segunda Guerra Mundial los regímenes totalitarios se han extendido por el mundo, principalmente bajo la forma de estados marxistas monopartidistas.

En la medida que llegue a su término el siglo veinte se hace cada vez más evidente que los pueblos libres de la Tierra vuelven a enfrentar una amenaza que atenta contra todo lo que ellos han logrado y todo lo que el mundo ha ganado. La autocracia, con toda su vieja insolencia, con toda su antigua crueldad e injusticia, se alza en armas bajo su más nueva forma totalitaria contra las esperanzas pacíficas de la humanidad. Después de haber suprimido toda posibilidad de gobierno democrático entre sus propios pueblos mediante la falsedad, la brutalidad y la traición, este nuevo despotismo

oriental se ha empeñado en imponer su voluntad y su sistema autocrático a sus vecinos y también a todos nosotros.

Nuevamente nos vemos obligados a defender nuestra existencia nacional y la de nuestros amigos y aliados. Enfrentamos directamente la necesidad de reafirmar una vez más el derecho fundamental de los hombres libres a dictar sus propias leyes y a escoger a sus gobernantes. Estamos decididos a no permitir que el progreso y la libertad, que tanto han costado lograr, sucumban ante una ambición brutal y reaccionaria, destinada a restablecer el antiguo orden de cosas, cuando las artes y las ciencias humanas y, más aún, la propia existencia del hombre, estaban a disposición de gobernantes inescrupulosos y opresivos.

Corresponde entonces que, en el aniversario de la libertad y la independencia del pueblo norteamericano, reconsideremos ciertas preguntas fundamentales: ¿Qué es lo que constituye el baluarte de nuestra independencia y libertad? ¿Cuál es la defensa más poderosa contra la tiranía con que cuentan los pueblos libres? ¿Cómo se pueden fortalecer las defensas de un pueblo libre a fin de que resista los ataques, tanto del interior como del exterior?

Creo que la respuesta a estas preguntas no se encuentra solamente en nuestro poderío militar. Tampoco en nuestro sistema económico libre, que abarca todo el continente. Ni tampoco en las pretensiones de nuestra ciencia y tecnología. No caben dudas de que todos éstos son instrumentos importantes para la seguridad y protección de un pueblo libre. Pero también son instrumentos ambiguos. ¡No! Nuestra más poderosa defensa debe buscarse en nuestro amor por la libertad, que Dios Todopoderoso ha implantado en nuestros corazones y por el cual estamos dispuestos a sacrificarlo todo.

Lo dijo Abraham Lincoln: “Nuestra defensa yace en la preservación del espíritu que valora a la libertad como herencia común de todos los hombres, de todos los territorios de la Tierra. Destruíd este espíritu y habréis sembrado las semillas del despotismo ante vuestra propia puerta. ¿Hasta dónde habremos de permitir que se acerque el peligro? ¿Con qué medios habremos de fortificarnos contra él? Yo respondo: Si nos ha de alcanzar, brotará entre nosotros. No puede sobrevenir de fuera. Si la destrucción ha de ser nuestra suerte, habremos de ser nosotros mismos su autor y mentor”.

Si las naciones libres han de sobrevivir, sus pueblos tendrán que venerar estos grandes principios. Ellos deben ser enseñados en las escuelas y en las universidades, proclamados en las cortes y en los parlamentos, e inculcados en las mentes y en los corazones de los jóvenes. Los pueblos deberán mantenerse eternamente vigilantes para defenderse de las promesas utópicas y resistir el llamado de doctrinas perversas.

Sabemos que la libertad se construye paulatinamente. Debe construirse por medio del hábito. Debe arraigarse y cimentarse en el carácter. Debe ser transmitida de generación en generación. Se requiere de una tradición para hacer frente a un mundo contradictorio, con sus paradojas de pobreza en medio de la abundancia, de opresión de los trabajadores por una minoría selecta en nombre de los mismos trabajadores, de un marxismo que gana



terreno en las mismas iglesias cristianas que los marxistas se empeñan en destruir.

Si fracasamos, si la esencia vital de esta tradición democrática no es absorbida y comunicada, entonces toda doctrina de moda e ideología extranjera hallará seguidores, sumando a la confusión y declinación de la legitimidad democrática. Esta es la situación que ha precedido a tantas tragedias en la historia. Un pueblo libre terminará pereciendo si carece de una visión de la democracia y una indispensable reverencia por la libertad.

Por lo tanto, ahora que conmemoramos nuevamente nuestra independencia como nación, consagrémonos una vez más a los principios fundamentales de democracia y justicia. Tratemos de ser dignos de la herencia de libertad que nos legaron los Padres Fundadores. Protejamos, conservemos y transmitamos este espíritu de libertad a las próximas generaciones. Que los hombres de toda la Tierra sepan que nuestra pasión por estos ideales no es simplemente una pasión por las palabras. Ella nace de la reverencia que sentimos por la libertad y por el servicio a la libertad. Y nuestra gran república vivirá mientras esta gran pasión se mantenga viva.

#### IV. EN LA DESPEDIDA A CHILE\*

Deseo manifestar mi profundo aprecio a don Sergio Diez y a la comisión organizadora por invitarnos en forma tan cariñosa, a mi esposa y a mí, a esta despedida en este famoso Club de la Unión, tan pleno de recuerdos de tiempos pasados. Ustedes nos honran muy especialmente esta tarde con la calidez de su acogida y la bondad que nos han brindado.

Hoy, mientras nos preparamos para dejar este hermoso país del que hemos recibido tanto en amistad y en afecto, quisiera decir unas pocas palabras sobre Chile y los Estados Unidos y sobre nuestro futuro juntos. Pretendo referirme, como es lo apropiado en esta ocasión, no a las cosas que nos separan, sino a la historia y a los ideales que nos unen.

Nuestros países se liberaron del control colonial y lograron su independencia en la misma época histórica. Fue necesaria una larga lucha interna para pacificar a cada país y para establecer la ley y el orden a través de todo el territorio. Ambas naciones se han beneficiado con la inmigración, principalmente de Europa Occidental, durante los dos siglos pasados. Nuestros pueblos son una mezcla de nacionalidades y de razas.

Pero el hecho singular de la historia de nuestras dos naciones es que somos la gente del mundo nuevo, diferente de aquella de la tierra de donde provinieron nuestros antepasados. Es una tierra de esperanza y de oportunidad, porque, ¿por qué otra razón se sentirían atraídas a nuestras costas millones de personas de todo el mundo? Hemos contribuido al patrimonio cultural del mundo con nuestro genio especial, y es a nuestro nuevo mundo hacia donde mira el resto de la humanidad, cada vez con mayor frecuencia, en busca de inspiración.

\* Pronunciada en el almuerzo que se le ofreció en el Club de la Unión, el 12 de julio de 1985.



Pero nuestras dos naciones comparten cosas mucho más importantes que una aventura histórica similar. Compartimos la misma filosofía de vida que está inserta en los documentos que dieron nacimiento a nuestras naciones independientes y soberanas. Tenemos una profunda creencia en la libertad, como una realidad vivida y una búsqueda espiritual. Sabemos que la libertad es una experiencia espiritual de la mayor envergadura; que los individuos solamente son libres cuando el imperio de la ley y el respeto del individuo prevalecen; que la felicidad personal florece donde hay libertad, y orden, y tolerancia de las opiniones de otros. Esta idea, que heredamos de los siglos XVII y XVIII, y que puede remontarse a la Grecia antigua, ha esparcido su luz a través de todo el mundo, se ha hecho más poderosa década tras década, y ha influido profundamente en el espíritu de los pueblos del mundo.

Estas ideas han echado raíces en Chile. Los chilenos han sido famosos y admirados por su tradición de libertad, de respeto a las leyes, y por un gobierno constitucional que protege los derechos del hombre. Estos nobles ideales son parte de nuestra herencia común. Son los ideales que unen a chilenos y norteamericanos, y a todos los que aman la libertad. Estos son los ideales por los cuales ambos pueblos han luchado tantas veces en los últimos dos siglos. Estos son los ideales que, sin ninguna duda, tendremos que defender nuevamente en el futuro.

Los pueblos de nuestro hemisferio debemos estar eternamente alerta y preparados para preservar con nuestras vidas y con nuestro honor este concepto occidental del hombre. Debemos unir nuestras fuerzas para estimular un ambiente en el cual las sociedades libres puedan vivir en paz y seguridad, y un mundo en el cual pueda florecer la libertad. Mientras la oscuridad se cierne sobre nosotros y los estados totalitarios tratan de derribar nuestra sociedad y de difundir su reaccionario concepto del hombre como un esclavo del Estado, nosotros hemos llegado a reconocer cuán preciosa y frágil es la naturaleza de las instituciones libres.

En cuanto a Chile, no tengo duda alguna de que este pueblo inteligente y generoso es capaz de construir una sociedad que satisfaga sus deseos de libertad, justicia y democracia. Una vez más prevalecerá el sentido común sobre la ideología, el pragmatismo sobre el dogmatismo. Más allá del horizonte, el futuro se ve brillante. Esa es mi esperanza y en eso creo yo.

Amigos míos, como he dicho antes, nadie que no esté en mi lugar en este momento puede comprender mis sentimientos de tristeza a medida que se acerca la hora de partir. Le debo tanto a este país y a su gente. Tres años y medio he vivido aquí. He compartido con mis amigos tanto penas como alegrías. He tratado de comprender a este pueblo sutil e inteligente. Hay pocos rincones de este fascinante país que yo no haya visitado, desde la Antártica a Arica, desde Navarino a la Isla de Pascua. Confieso que mi familia y yo hemos caído bajo el embrujo de Chile y de su gente. Pero ahora debemos regresar a nuestro amado país para retomar nuestra vida normal. Dejo Chile sin saber cuándo volveré. Pero estoy convencido de que nos reuniremos de nuevo, que nuestros destinos se cruzarán en algún lugar de este mundo nuestro. Sé, más allá de toda duda, que nuestra amistad perdurará.

Mis amigos, les deseo a ustedes y a esta tierra mágica que se realice todo lo que vuestros corazones deseen. Que vuestro viaje por la vida en los años venideros sea seguro.

Y ahora, les brindo una afectuosa despedida.